

La sonrisa de Guadalupe

LORETO CALDERÓN
PERIODISTA

«¿Verdad que las personas sonrientes no nos parecen nunca desconocidas?» Lo leí hace años a Luis Rosales, y lo compruebo una y otra vez. De la misma forma que siento que desconozco a los que nunca o raramente he visto sonreír, aunque estén muy cerca de mí.

Cuando llegas a una sonrisa, llegas a casa. Cuando te responde una sonrisa, te responde la solidaridad, la indulgencia, el acuerdo, el abrazo. Si por el contrario buscas ese gesto leve y cálido y no hallas su huella en los ojos que se cruzan con los tuyos, te sientes momentáneamente o quizá largamente perdida. Quien practica la buena costumbre de sonreír tiene mucho adelantado porque espontáneamente incita a la correspondencia, al afecto, a la confianza, a la amistad.

Quizá por eso, lo primero que me atrapó de Guadalupe fue la sonrisa. Y eso a pesar de que solo la vi en un trozo de cartulina y que más tarde lo único que cambió fue el color, el tamaño o el formato. Es decir, que nunca la conocí en persona, por lo que tuve que conformarme con una sonrisa fotográfica, que, como se sabe, resulta menos natural porque es el gesto que se espera cuando uno se enfrenta a la cámara.

Sin embargo, me alegró descubrir que la de Guadalupe no era una sonrisa impuesta por el convencionalismo, que los que la conocían la recordaban siempre mostrándola; que, al parecer, la acompañó hasta en los momentos más difíciles. También supe que la regalaba a granel, sin tener en cuenta méritos o deméritos, sin trazar con ella una línea divisoria entre «los de aquí y los de allá». Y que desde luego tampoco era un recurso fácil para evadirse de la realidad cuando esta se presentaba menos agradable, lo que se dice una 'sonrisa boba'.

Todo ello terminó por intrigarme, y quise investigar las razones de esa disposición permanente y natural a la sonrisa. Indagué en su vida buscando una lógica convincente, pero muy pronto renuncié a encontrarla. O mejor dicho, abandoné esa pretensión cuando comprendí que ya había dado con la verdadera cla-

ve (que poco tenía que ver con la lógica ni el convencimiento que yo esperaba): la alegría era parte integrante de su camino.

Así lo declara el Fundador del Opus Dei en un punto de su famoso libro Camino. Y así lo vivió ella, no porque «estuviera en el manual», sino como la experiencia inmediata de una vida cristiana plena. «Y yo tan contenta», solía decir a San Josemaría en las cartas que le escribía frecuentemente: «Y yo, tan contenta».

Tan contenta aparcó la química, que era su pasión, para dedicarse fulltime a las sucesivas necesidades que iban surgiendo en el Opus Dei. Tan contenta dejó España, y con ella su entorno familiar, profesional y social, para poner en marcha la Obra en México. Tan contenta asumió responsabilidades y trabajos agotadores ignorando las limitaciones que pretendía imponerle su enfermedad, una estenosis en la válvula mitral. Tan contenta ayudó en México, sin pensárselo dos veces, a la esposa de una de las personas directamente implicadas en la pena de muerte de su padre durante la guerra civil española. Tan contenta contagió a cientos de personas sus deseos irrefrenables de amar a Dios por encima de cualquier otra cosa y de compartir ese ideal con cuantos se cruzaran en su camino. Tan contenta se despidió de los que le rodeaban antes de dar el salto definitivo al cielo.

Mañana Guadalupe será elevada solemnemente a los altares para convertirse en un ejemplo a seguir por quienes también deseamos, en estos primeros años del siglo XXI, convertir nuestra vida corriente y moliente en un camino para llegar a Dios. ¡Y tan contentos! Como Guadalupe, que entendió tan bien aquello que dejó escrito san Josemaría: «La felicidad del Cielo es para los que saben ser felices en la tierra». (1)

(1) Forja, 1.005.

Guadalupe Ortiz de Landázuri (1916-1975), química madrileña, fue una de las primeras mujeres del Opus Dei. Cuando mañana, 18 de mayo, sea beatificada por la Iglesia Católica, se convertirá en la primera persona laica del Opus Dei en ser elevada a los altares.